

LA PALABRA SE DESATA EN DISTANTES SENTIDOS DESDE UNOS PAPELES Y CARTAPACIOS.

*Cuartín Torres, Pedro**
Universidad de Los Andes.
Trujillo-Venezuela

Resumen

Don Quijote es un desmitificado que se mistifica, es un desacralizado que se sacraliza, es un complementador paródico de la novela de caballería que utiliza sus herramientas para decir que la realidad no es lo tangible, no es lo visible, sino que existen voces y visiones que nos esperan detrás de la puerta entreabierta para conducirnos hacia lo más esplendoroso del lenguaje verbal humano, hacia la poesía de la vida y de la muerte.

Palabras clave: Palabra, poesía, vida, muerte.

Abstract

Don Quixote is a desmystified that it is mystified is a desacralized that it is sacralized, it is a parodical complemental of the mount novel that uses tools to say that the reality, is not the tangible, is not the visible, but that there are voices and visions that wait for us behind the ajar door to lead us to the more splendid of human verbal language, towards the poetry of life and death.

Key words: Key, poetry, life, death.

La palabra se inmensa desatada en la primera novela moderna de Miguel de Cervantes (1547-1616) conocida, desde tiempos inmemoriales, con el título de *Don Quijote de la Mancha*. Novela barroca centrada en la proliferación y en la inversión, en el mundo al revés. El personaje siempre ha deambulado dentro de una tipología específica, la del que decide inamoviblemente contra viento y marea, la del que defiende a las doncellas, ampara a las viudas, socorre a los huérfanos, a los menesterosos y desvalidos, vale decir, Don Quijote es la consciencia máxima posible, para él no hay locura que lo desbarranque en la tiniebla, aunque haya llegado a “la cueva de Montesinos”. La honradez siempre ha de ser la guía de sus pasos y la justicia, entendida como la preservadora de la dignidad humana, siempre ha de iluminar sus decisiones acompañada de la alteridad, del saber mirar al otro que arremete o que actúa con el sosiego.

En cualquier caso, Don Quijote tiene la palabra desatada de la persuasión, ella convence o provoca la risa, clarifica o ratifica los encantos de la oralidad diseminada en infinidad de situaciones que tienen la cobertura del afecto, del amor promisorio sin segundas intenciones, sin engaños reductores de la autenticidad humana que siempre ha servido para solidificar la armonía, sin autenticidad la honradez se disipa porque se cae en la fuente de los engaños, advienen entonces las caras sustitutas ocultadoras de alguna intención tenebrosa, sólo entre los seres humanos existe la avaricia conducida por lo material, por la posesión del dinero o de otros recursos negadores del afecto por la intromisión de uno de los siete pecados capitales, de la avaricia que tacha las riquezas del corazón y se conduce por la riqueza de posesión sin pensar que más vale el afecto, más vale lo afectivo que el efectivo porque al dinero no hay que venerarlo, todavía no ha llegado a la notoriedad de un Dios aunque él mismo impulse al usurero, al defecto del que se conduce por la línea del desmoronamiento de talegos, de bolsillos que no tienen la culpa de ser receptores. El

personaje ha tenido, a lo largo de la historia mundial, una referencialidad insuperable inserta en el estilo de vida, en las apreciaciones de la existencia y en las relaciones cotidianas del ser humano.

El narrador de *Don Quijote*, sea “Cide Hamete Benengeli”, narrador arábigo, conocido por Sancho como “Berenjena”, sea el primer autor Cervantes o cualquier otra voz que brote de las hendiduras del sueño, algunas veces habla de la recepción que ha tenido la obra entre el público lector, esta reflexión del alcance de la novela se conoce como “metaficción o los comentarios del narrador sobre el proceso de la creación” (Menton, 1993:43), como “autorreflexividad”, es una manera de indagar en las entrañas de la secuencia temporal y espacial que revela este mundo y crea otro, lleva más allá lo visible y trae más acá lo invisible porque su fuerza mayor consiste en torcer la escritura para desatar la imaginación inherente a la agudeza y al ingenio sin las cuales el concierto de sentidos se extirparía y tendríamos un tejido unidimensional. Así, por ejemplo, en el capítulo nueve de la primera parte donde El Quijote compra a un muchacho su margen ficcional se dice, entre otras cosas:

(...) compré al muchacho todos los papeles y cartapacios por medio real, que si él tuviera discreción y supiera lo que yo los deseaba, bien se pudiera prometer a llevar más de seis reales de la compra... (S/f:45).

Don Quijote se la pasa buscando “aventuras” como un niño, sin duda existe una tendencia lúdica en sus acciones, es por eso que le dice a los molinos: “Non fuyades cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os acomete”(S/f:39). Ahora bien, a lo largo de la obra Sancho, que es anchicorto, se identifica, parcialmente, con el caballero andante y adopta la misma tendencia lúdica, el juego, entendido como fortificador del espíritu, conduce sus pasos hacia la candidez de los que tienen razones para existir, igual que los infantes.

Cuartín Torres, Pedro
La palabra se desata en distantes sentidos desde unos papeles y cartapacios.



Son muchas las evidencias de limpidez moral que aparecen a lo largo de la obra, por ejemplo, se habla de una “edad dorada”, antes del capitalismo, en el capítulo once de la primera parte “De lo que sucedió a Don Quijote con unos cabreros”, donde el dinero no tiene ninguna relevancia porque no existe la propiedad privada, todo es de todos. La solidaridad anda y desanda por la cabeza de los seres humanos, los nutrientes de la existencia provienen de la naturaleza, de la tierra y ella alienta el cuerpo y el espíritu porque cada uno de los seres vivos somos naturaleza, se “ignoraban estas dos palabras de tuyo y mío”. “No había fraude, el engaño ni la malicia mezclándose con la verdad y llaneza”. El dinero no sirve, como en la época de Cervantes y en la actual, para comprar la consciencia del jurisconsulto, entre otros funcionarios, vale decir, el decoro promueve la solidaridad entre los hombres, la fraternidad se yergue luminosa, por eso se dice, después de varias visiones y en pretérito:

(...) La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los de favor y los de interés, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encaje aun no se había asentado en el entendimiento del juez, porque entonces no había que juzgar, ni quien fuese juzgado... (S/f:52).

Existe un conjunto de ensayos organizados por Julio Ortega como compilador titulado *La Cervantiada* (1995) y el primer escrito que aparece es de Nicanor Parra el poeta Chileno, es un tejido muy breve dividido en dos partes, la primera denominada “Las tres preguntas imparajitables de Don Quijote” y la segunda, en manuscrito, titulada “El hablante lírico” dice, dentro de un cuadrado y con un dibujo en blanco y negro, “TODO QUIJOTE X ROÑOSO QUE SEA TIENE DERECHO A UNA DULCINEA”. El humor, centrado en un hecho de negatividad, levanta las ganas de conocer de cerca al personaje.

Son muchas las visiones y las voces que provienen de *Don Quijote de la Mancha* y que perviven en poemas, cuentos

y novelas de la literatura hispanoamericana y mundial. Después de la *Biblia*, *Don Quijote de la Mancha* ha entrado en el espacio de lo huidizo y permanente para repartir pedacitos de pan fresco, para despertar los soliloquios de la lámpara, para escuchar la llovizna de las ánimas que nos hablan desde una infinidad de retratos sumergidos en “La cueva de Montesinos”, instalados en la palabra desatada del tejido y del respunte, del quehacer y del saber.

Para Michel Foucault (1998) lo que orienta las acciones del caballero andante es la similitud, ciertamente el personaje percibe semejanzas a partir del “bostezo de los libros”, él se asemeja al Amadís de Gaula y se identifica con el lenguaje verbal humano porque es un signo que descubre otros signos y se tropieza con la fundación del mundo del lenguaje y de la vida social, económica, política, militar y religiosa:

(...) Don Quijote no es el hombre extravagante, sino más bien el peregrino metódico que se detiene en todas las marcas de la similitud. Es el héroe de lo Mismo. Así como de su estrecha provincia, no logra alejarse de la planicie familiar que se extiende en torno a lo Análogo... (1998:53).

“...Lo propio del saber no es ni ver ni demostrar, sino interpretar...” (1998:48). ¿Cuánto sentido interpretativo tiene Don Quijote? Son muchas las palabras persuasivas que desembocan en sus juicios, desde su incomodidad por el torrente desbordante de refranes de Sancho hasta la clarividencia serena de sus ideas que despiertan sus ímpetus de actuar en salvación de la justicia, en preservación de la honradez y de la lealtad amorosa porque no hay nadie que tenga tantos siglos de hermosura como “la sin par Dulcinea del Toboso”.

Hasta el punto de que en el capítulo ocho de la primera parte cuando el héroe es acuchillado por “el vizcaíno” y cae con un desgarrón desde el hombro hasta la cintura, dice, como siempre lo hace cuando permanece en tinieblas física o mental:

Oh, señora de mi alma. Dulcinea, flor de la hermosura, socorred a este vuestro caballero, que por satisfacer a la vuestra mucha bondad en este riguroso trance se halla (S/f:43).

Remezón de sentidos, modificación intencional de la realidad, alusión a lo familiar y a lo extraño, racionalidad y sin sentido, palabras desmoronadas y erguidas, cascajo y esplendor, concentración de voces y enciclopedismo altisonante, son muchos los tejidos de la urdimbre inmensurable que recorre, desde el bostezo de los libros de caballería, los distintos caminos del globo terráqueo para verse a sí mismo y mirar al mundo desde una especificidad histórica y desde una disipación de esa misma especificidad, porque la imaginación se concentra en torcer la rectitud y en enderezar lo avieso, en clarificar lo oscuro y en consolidar el enigma de las voces y del silencio siempre dispuesto según el deseo de los valores humanos que nos miran desde una ventana dialogante en la cual amanece y anochece *Don Quijote de la Mancha*, con el ámbar, con la fetidez, con la anuencia de todos sus lectores quienes recogen las huellas del andar y del desandar, del comer y del descomer para aminorar la turbación, para captar la raíz del quehacer colectivo porque muchos son los que transitan por la palabra de Miguel de Cervantes quien en el “Prólogo al lector” de la segunda parte dice

(...) La honra puédela tener el pobre, pero no el vicioso; la pobreza puede anublar a la nobleza, pero no escurecerla del todo; pero como la virtud dé alguna luz de sí, aunque sea por los inconvenientes y resquicios de la estrechez, viene a ser estimada de los altos y nobles espíritus, y por el consiguiente, favorecida... (S/f:314).

Don Quijote es un desmitificador que se mitifica, es un desacralizador que se sacraliza, es un complementador paródico de la novela de caballería que luego utiliza sus herramientas para decir que la realidad no es lo tangible, no es lo visible sino que existen voces y visiones que nos esperan detrás de la puerta entreabierta para conducirnos hacia

lo más esplendoroso que el lenguaje verbal humano ha podido alcanzar, hacia la poesía inherente al misterio de la vida y de la muerte, a lo furtivo de los amoríos, de la mirada trascendente e inmanente. Las palabras se tejen para dejar un margen de escondrijo, viaje constante que nos permite llegar a espacios fuera de la extensión, a tiempos fuera de la duración, a distantes sentidos apesadumbrados y entusiastas, tenebrosos y esplendorosos, imantadores y negadores de la realidad en función de la ratificación de la misma. En el capítulo XXII de la primera parte que aparece en una *Antología anotada* con prólogo atrayente de José Saramago “De la libertad que dio don Quijote a muchos desdichados que, mal de su grado, los llevaban donde no quisieran ir” se dice, entre otras cosas, “...De gente bien nacida es agradecer los beneficios que reciben, y uno de los pecados que más a Dios ofende es la ingratitud...” (2005:114).

En el último capítulo cuando muere Don Quijote y emerge Alonso Quijano el Bueno, en verdad se solidifica la vida del héroe, se abren las puertas de la lectura para deambular, con sosiego o con desasosiego, por los primores del bucolismo, con los bueyes de la palabra envalentonada para converger y separarse en la notoriedad de la razón de ser, en la esencia de la vida desbordada, derramada en el cauce de la sangre que siempre nos conduce hacia la brevedad, hacia el límite centrado en el contenido latente de lo que permanece más allá de la mirada, de lo que permanece en lo huidizo de la existencia que desengañada se derrama en la tachadura de lo que se ha tenido con antelación. Esta negación es una reafirmación porque siempre hay afinidad de extremos opuestos, la claridad es complementación de la oscuridad, la subida acontece gracias a la caída, la muerte tiene la vigilia de la vida, vale decir, los opuestos forman parte del concierto armonioso porque a veces se hacen fusión y confusión, se

ordenan y se disgregan en el más altisonante de los sentidos, el sentido del enigma de la palabra que vuelve para llevarse gotitas del corazón, para ennoblecer la postura de la vida virtuosa por servir a los demás, por tener dentro del pecho al prójimo que necesita de la mano tendida, que levanta el latido del infinito desde la abreviatura de su cuerpo instalado en el orden o en el desorden del mundo, en el cosmos entusiasta de la literatura organizada según el deseo de los seres vivos que andan detrás de las cosas inexistentes, que desandan subversivos con la mirada muy larga para escuchar los pasos de Rocinante que deambula en el alero de las casas, en la sonrisa de los niños, en el entusiasmo de los adolescentes, en la pervivencia de los adultos depositados en la misericordia itinerante de un libro que anda constantemente. Para concluir citamos lo que dice Sancho al héroe:

(...) No se muera vuestra merced, señor mío, sino tome mi consejo, y viva muchos años; porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir, sin más ni más, sin que nadie le mate, ni otras manos le acaben que la de la melancolía... (2005:360).

ORTEGA, Julio (compilador, 1993). *La Cervantiada*. Caracas. Fondo Editorial Fundarte.

Bibliografía:

CERVANTES, Miguel de (S/f). *Don Quijote de la Mancha*. Sin lugar. Editorial Panamericana.

—————(2005, prólogo de José Saramago). *Antología anotada*. Caracas. Ministerio de la Cultura. Editorial Santillana.

FOUCAULT, Michel (1998, vigésimasexta edición). “Don Quijote” en *Las palabras y las cosas*. México. Siglo XXI editores.

MENTON, Seymour (1993). *La nueva novela histórica de la América Latina, 1979-1992*. México. Colección Popular 490. Fondo de Cultura Económica.